

Laura Torres-Rodríguez. *Orientaciones transpacíficas: la modernidad mexicana y el espectro de Asia*. Chapel Hill: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 2019. 262 pp. ISBN: 978-1-4696-5189-7.

Paula C. Park
Wesleyan University
pcpark@wesleyan.edu

En los últimos años ha surgido una oleada de aproximaciones críticas a las conexiones entre América Latina y Asia. Es aquí donde se inserta el importante estudio de Laura Torres-Rodríguez, el cual no por eso deja de dialogar rigurosamente con historiadores mexicanistas y latinoamericanistas tanto como con teóricos de la modernidad, el poscolonialismo, el marxismo y el neoliberalismo. El argumento central de *Orientaciones transpacíficas* es que a pesar de que la tradición intelectual mexicana ha sido “construida de espaldas

a Asia” (16), Asia ha permanecido siempre ahí, como un espectro. Para ello, la autora acude a la noción lacaniana de “extimidad”, la cual se define como lo más íntimo y a la vez lo más lejano: una “exterioridad íntima” o “un límite en el pensamiento entre el adentro y el afuera” (17).

Los primeros capítulos tratan de dos figuras ampliamente reconocidas no solo en el canon mexicano y latinoamericano sino también en la crítica del orientalismo hispanoamericano: José Juan Tablada y José Vasconcelos. Pero Torres-Rodríguez nos dirige a facetas menos estudiadas de cada uno. En vez de presentarnos al Tablada transculturador de formas poéticas japonesas, como el haiku, sitúa su interés japonés dentro de un legado del porfiriato que veía en Japón un ejemplo de potencia imperial y militar. El segundo capítulo ofrece una lectura nueva de *La raza cósmica* (1925) al proponer que en ella, sin duda la obra más famosa de Vasconcelos, se perciben ecos de algunas ideas que Vasconcelos había presentado previamente en *Estudios indostánicos* (1919). A pesar de que el estilo y la ideología del mestizaje en *La raza cósmica* son cuestionables y han generado críticas merecidas, la autora demuestra que a diferencia de los miembros del Ateneo de la Juventud, para quienes el modelo cultural es la Grecia Antigua, Vasconcelos “reorienta la mirada hacia el Pacífico” y encuentra en India “un modelo racial más acorde con su plan para América Latina” (103).

Los capítulos tres y cuatro hacen un salto temporal hacia finales de la década de los sesenta. El tercer capítulo comienza con las críticas de Octavio Paz a la violencia estatal, pero luego pasa a centrarse en la obra del intelectual de izquierdas Roger Bartra. Según la autora, en su obra temprana Bartra problematiza el concepto marxista de “modo de producción asiático”, que se refiere a la falta de propiedad privada y el estancamiento socioeconómico de Asia, para explicar el desarrollo “desigual” de México y el llamado “Tercer Mundo” (135). El modo de producción asiático le sirve de base para luego criticar las imposiciones económicas y culturales del Estado priista. “El estado

asiático”, propone Torres-Rodríguez, “actúa como el punto de inflexión generativo, un subtexto, que luego desaparece del discurso de Bartra para dar paso a la crítica del nacionalismo como una fuerza orientalizante” (148).

El cuarto capítulo continúa con la crítica del PRI, pero de una manera menos directa, al enfocarse en la novela *El complot mongol* (1969) de Rafael Bernal. Al inicio de la novela se les acusa a los chinos mexicanos de organizar un complot para asesinar a los presidentes de Estados Unidos y México. Al final, sin embargo, queda claro que el complot es en realidad local; nada tiene que ver con los chinos en México o la China de Mao. De esta manera, Torres-Rodríguez propone que “la criminalización, persecución y orientalización de los chinos mexicanos funciona como una estrategia de exteriorización y ocultamiento de una lucha interna en las entrañas mismas de las clases políticas” (187).

Por último, el quinto capítulo explora el renovado interés por Asia, en particular Japón, luego de la caída del PRI en el año 2000 y en el contexto post-TLCAN. Para ello, el capítulo ofrece un análisis de diversas obras contemporáneas, como la película *Japón* (2002) de Carlos Reygadas, cuya trama no alude explícitamente a Japón pero donde al final “Japón se convierte en el significante mismo de una inmanencia” (206); la novela corta de Juan Villoro, *Forward: Kioto* (2010), donde vemos un Japón hiper-moderno y un “tecno-japonismo”; la película *Bola negra: el musical de la Ciudad Juárez* (2012) de Mario Bellatin y Marcela Rodríguez, el cual tiene como posible subtexto la novela *La mujer de las dunas* [Suna No Omna] (1962) de Kobo Abe; y obras del artista visual y activista japonés radicado en Tijuana y Dusseldorf, Shinpei Takeda, que invitan a ligar México y Japón mediante una reflexión sobre la violencia. Se trata de una serie de resonancias de un pasado japonés no muy distante. En palabras de Torres-Rodríguez, “la caída del PRI provoca un retorno de Japón como referente transpacífico privilegiado, originalmente asociado a las estéticas de fin de siglo porfirianas, y este regreso se propone espectralmente como una estética global por venir” (194).

A través de lecturas brillantes de un corpus extenso, *Orientaciones transpacíficas* revela las complejidades de las conexiones históricas y actuales entre México y Asia. De hecho, el libro comienza y termina proponiendo que el interés por Asia en México ha surgido de un diseño imperial: la historia virreinal del vínculo intercolonial entre México y Asia (vía Filipinas) ha orientado la imaginación mexicana sobre Asia desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. De esta manera, *Orientaciones transpacíficas* nos invita a reorientar nuestra mirada a Asia, a situarla en un contexto histórico, sin dejar de alertarnos sobre el peligro de terminar promoviendo un modelo transpacífico corporativo que es también, al fin y al cabo, un espectro más del colonialismo.

Paula C. Park es profesora asociada en Wesleyan University (Connecticut) y autora de *Intercolonial Intimacies: Relinking Latin/o America to the Philippines, 1898–1964*. University of Pittsburgh Press, 2022.